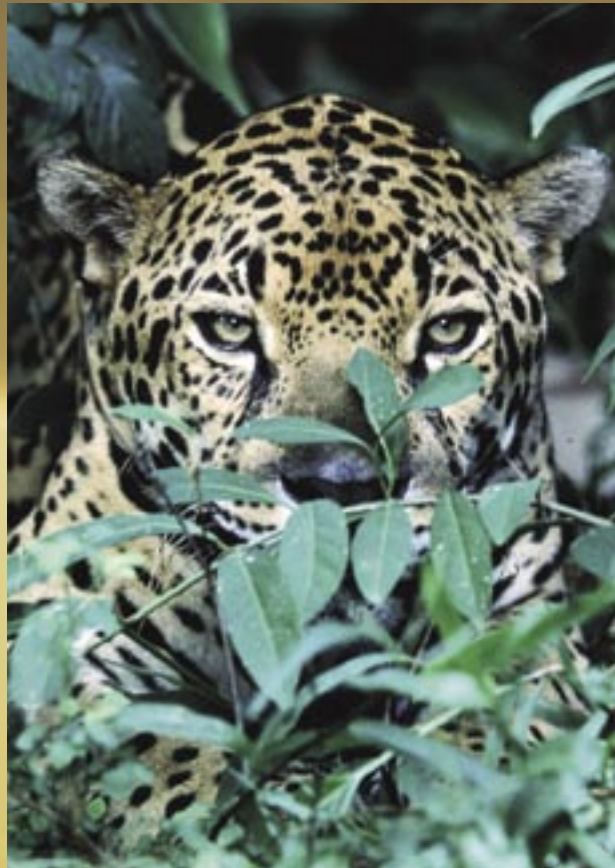


El giro intempestivo de Gerardo, un cazador tikuna, alarmó a sus acompañantes.

Señalando con su índice izquierdo una huella fresca en un pequeño lodazal que interrumpía el estrecho sendero cubierto de hojarasca en plena selva amazónica, a Gerardo le bastó sonreír con boca y ojos para confirmar que era la del jaguar, el felino más grande de América —puede medir hasta 1,7 metros de largo, 80 centímetros de alto y pesar hasta 100 kilos— y el tercero más grande del planeta después del león y el tigre.

Para corroborar su hallazgo, el cazador tikuna hizo un movimiento de dedos frente a su nariz, cuyas fosas nasales se empeñaban en dilatarse para captar mejor el olor del 'tigre' —como llaman al jaguar en el Amazonas colombiano— muy similar al que emana el caballo, según él.

Esteban Payán, biólogo uniandino (2001) que desde el año pasado emprendió un ambi-



CORTESÍA: STEVE WINTER

Paulo Cepeda

Periodista Oficina
de Comunicaciones
pcepeda@uniandes.edu.co

cioso proyecto de investigación que busca evitar la desaparición de esta especie en vía de extinción, entendió el gesto del indígena y se lanzó de inmediato a medir y fotografiar la huella. La importancia del proyecto doctoral de Payán, *Jaguares, ocelotes y otros mamíferos: abundancia relativa y presión de cacería en la Amazonia colombiana*, es que es el primer trabajo de campo a largo plazo del país (más de seis meses) sobre uno de los subgrupos animales menos estudiados en Colombia.

Payán, uno de los dos comisionados en Colombia para la supervivencia de felinos de la Unión Mundial para la Naturaleza, escogió como lugar de estudio el Parque Nacional Natural Amacayacu, zona de reserva ecológica que abarca 293.500 hectáreas del principal santuario de biodiversidad del planeta: El Amazonas. Se estima que el Parque (según su sitio web) tiene cerca de 150 especies de mamíferos como el jaguar y el delfín rosado, 500 especies de aves, serpientes

Tras la vida secreta del jaguar

como la anaconda y peces como las pirañas y el pirarucú, el pez más grande de agua dulce (puede medir dos metros de largo) y con respiración pulmonar.

“Escogí la Amazonia colombiana por ser el bloque de bosque continuo más grande del país y el que alberga las mayores especies de poblaciones de felinos en nuestro territorio”, explica el investigador mientras con su mano derecha levanta el localizador satelital (GPS) para medir las coordenadas que le ayudan a delimitar la zona de estudio y con su brazo izquierdo se quita el sudor de la frente.

Y es que el calor y el grado de humedad al estar inmerso en plena selva húmeda tropical es tal, a una altura de 0 a ➡



FOTOS: PAULO CEREDA

Un investigador colombiano está develando por primera vez la vida secreta del jaguar en Colombia, cuya supervivencia está amenazada. Es Esteban Payán, biólogo de Los Andes a quien NOTA UNIANDINA acompañó durante una semana en esta investigación en el 'laboratorio' con más biodiversidad del planeta: El Amazonas.

☞ 150 metros sobre el nivel del mar, que, al igual que la cara y el cabello, la ropa todo el tiempo permanece mojada por el sudor y ceñida al cuerpo, algo no muy cómodo si se tiene en cuenta que en esas condiciones ambientales se debe usar ropa manga larga para tratar de minimizar la picadura de mosquitos y de todo tipo de insectos que abundan en el Amazonas, los cuales de todas formas pican por más que uno se cubra bien y por más repelente que se aplique encima de la ropa.

Vida secreta del jaguar

Entre 2004 y 2005, Payán ya había realizado en Vichada una investigación previa: *Estimación de impacto de depredación por jaguares y pumas en ganado y valoración de las actitudes hacia los carnívoros* como proyecto de su maestría MPhil en University College London, la cual es prerrequisito para pasar al doctorado que realiza en esta misma Institución. Por problemas de orden público debió salir de allí y se trasladó de una zona de sabanas con ganado a una selvática y sin ganado como lo es el Trapecio Amazónico.

Al respecto, Payán explica que todavía “no se tienen datos de cuántos animales de cada especie existen en el Trapecio Amazónico. Además, el estado de conservación de los grandes mamíferos terrestres en Colombia es en la mayoría de los casos desconocido y particularmente oscuro para los felinos. Los grandes gatos colombianos están amenazados en la actualidad por pérdida de hábitat o degradación, persecución y cacería por parte de ganaderos y por competencia de presas con cazadores humanos”.

De ahí que el gran aporte de esta investigación es que por

primera vez en Colombia se está descubriendo la vida secreta de los jaguares —un felino que habita en América desde el sur de Estados Unidos hasta el norte de Argentina— con el fin de tener un mejor entendimiento sobre la estructura de las especies de mamíferos: “Tenemos que preocuparnos por el jaguar porque está en la cima, ya no en términos de la cadena alimenticia, sino de la red trófica”, dice el investigador.

Esta red trófica está compuesta en su base por animales herbívoros (que se alimentan de hierbas) y frugívoros (que se alimentan de frutos y semillas) como venados, roedores, y aves, un nivel intermedio por animales mesocarnívoros (carnívoros y omnívoros de talla mediana), como el cuzumbo, que comen de todo: Lombrices, lagartos, vegetales y otros animales. Ambos grupos, es decir, todos los animales, pero especialmente los mamíferos, son presa del jaguar, el mayor depredador del Amazonas.

“Por eso, si se extingue el jaguar, las presas crecerán demográficamente, lo que aumentará la depredación de otras especies sobre semillas, plantas, huevos, pájaros y animales invertebrados. Todo esto conlleva una alteración de la dinámica de regeneración y estructura del bosque. Es decir, los cambios de abundancia de una especie de animales afectan a otras especies, el agua, las plantas y en general todo el ecosistema. Es como si se le quitara un ladrillo a una pared: Por ahí comenzaría a derrumbarse”, explica Payán.

Metodología innovadora en el país

En nueve meses que lleva investigando en el Amazonas, Payán todavía no ha tenido el primer avistamiento de un jaguar o de un ocelote, pues es muy diferente para los investigadores trabajar en el bosque seco tropical de África y sus sabanas donde los científicos pueden observar desde sus vehículos a los grandes felinos y mamíferos en su hábitat, que en la selva húmeda tropical amazónica caracterizada por su espesura, un espacio cubierto de sombra por sus grandes árboles y en el que se logra ver a 5 metros a la redonda, pero no a más de 10 ya que la maraña bloquea toda posibilidad de ver más allá. Es decir, a excepción de algunos micos, roedores, serpientes y aves, es



muy difícil ver animales, sobre todo mamíferos medianos como pecaríes (cerrillo y huangana o cerdo de monte), ocelotes—comúnmente llamado tigrillo y del cual hay tres especies: Ocelote, el más grande que pesa entre 8 y 12 kilos, el margay y el oncilla— y grandes como venados y dantas.

Hay que agregar que si bien el 'laboratorio' de estudio escogido por Payán es reserva (Parque Nacional Natural Amacayacu) y se debe caminar en silencio para no espantar ni perturbar a los animales, es imposible no hacer ruido, pues las botas de caucho necesarias para caminar la selva (en cualquier momento está uno metido en un pantano) hacen crujir la hojarasca seca de los 'senderos' o trochas creadas por los cazadores indígenas.



A esto se le suma, además, que las cinco personas que deben formar el equipo de investigación de Payán hacen que las pisadas se sientan más fuertes, por lo tanto los animales no se dejan ver al detectar un grupo numeroso de personas, especialmente el huraño jaguar. Actualmente conforman el equipo Jenny Gallo, investigadora asistente; Gerardo Sánchez Santamaría, quien sirve como guía y detector de huellas, Javier (hermano de Gerardo), quien se encarga de abrir o rozar la trocha y Jairo Vargas, otro indígena tikuna encargado de abrir trocha y ayudar con el abastecimiento de pilas, rollos y herramientas necesarias para monitorear las cámaras.

Esto es fundamental, pues el biólogo utiliza una técnica que, aunque se viene usando desde hace una década en el mundo para estudiar grandes felinos como el tigre o más pequeños como los ocelotes, se implementa por primera vez en el país: El fototrampeo. Las fotos obtenidas permiten identificar individualmente al jaguar y los ocelotes (sus manchas equivalen a las huellas digitales para los humanos) y esto permite emplear un método de análisis llamado captura-recaptura—modelo matemático que estima la posibilidad de recapturar cada individuo o de repetir foto—, y a partir de esto se pueden producir estimaciones de abundancia y densidad (número de animales dentro de un área).

Este método lo aplica este investigador en su 'laboratorio' de 10 mil hectáreas ubicadas dentro del Parque Nacional Natural Amacayacu, un área con una fuerte perturbación humana debido a la cacería, la tala de bosque y los extintos cultivos de hoja de coca. Gracias a dicho método, recientemente el biólogo obtuvo los primeros resultados.

Se sabe que hay al menos tres jaguares muestreados en un área de 100 kilómetros cuadrados: 'Nw-lra' (que en tikuna significa el primero) un macho llamado así por Payán por ser el primero que detectó desde que comenzó la investigación en febrero de este año; 'Julia', una hembra que fue fotografiada en el mes que le dio su nombre, y un segundo macho llamado 'Copal', en honor a una resina de un árbol llamada así y que le ha sido muy útil al investigador para las fogatas con que cocina, pues por más húmeda que esté la madera, la resina actúa como un combustible muy efectivo.

Años de cacería

En la investigación previa que Payán realizó el año pasado en Vichada, encontró que "solo el 30 por ciento de indígenas, ganaderos y colonos creía que el jaguar sí atacaba



sin ser provocado, pero ninguno conocía un caso específico. Es decir, en Colombia todavía no hay ningún ataque a humano confirmado de jaguares y otras especies como pumas".

Una posible razón, según el investigador, es que los jaguares "son muy tímidos y lo detectan a uno a mínimo 30 metros, pero ahí mismo se alejan", y Gerardo agrega: "Cuando 'el tigre' escucha lo voz humana la relaciona con el disparo de escopeta y se aleja por instinto".

Y sí que lo dice un experto, pues durante 40 años (tiene 54) ha sido cazador de todo tipo de animales: Primero porque especies como el pecarí, el venado y la danta representan la proteína para las comunidades indígenas del Amazonas colombiano y segundo por lo rentable que fue el comercio de pieles de jaguar y tigrillo, especialmente durante la 'bonanza' de este negocio en las décadas de los 60 y 70.

"A los 10 años me ofrecieron pertenecer a la Policía en el cuartel de Buenos Aires—su pueblo natal en el norte del Amazonas colombiano— para cuando la Policía fuera a otra comunidad, yo me quedara cuidando. Me pagaban 10 pesos, con los que compraba un pantalón de gabardina, cobija, azúcar y jabón. Trabajé 4 años y al ver que los cazadores vendían pieles de 'tigre' hasta por 10.000 pesos y de *kéturé* (tigrillo en tikuna) por 8.000 pesos, cambié de oficio", recuerda Gerardo, quien decidió seguirle los pasos a su padre que cazaba con *pukuna*, una cerbatana para lanzar dardos envenenados.

Con orgullo cuenta que su padre logró cazar medio centenar de jaguares con esta técnica, por eso él en sus inicios como cazador adoptó la *pukuna*, ☞

IMÁGENES OBTENIDAS POR ESTEBAN PAYÁN CON LA TÉCNICA DE FOTOTRAMPEO



1



2



3



4



5



6



7



8



9

1) **Jaguar** (*Panthera onca*) / 'Copal'

2) **Danta** (*Tapirus terrestris*)

3) **Venado colorado** (*Mazama americana*)

4) **Puma** (*Puma concolor*)

5) **Ocelote** (*Leopardus pardalis*)

6) **Oso hormiguero** (*Tamandua tetradactyla*)

7) **Boruga** (*Agouti paca*)

8) **Pauji nocturno** (*Nothocrax urumutum*)

9) **Pava** (*Mitu tuberosa*)

pero como a veces debía caminar hasta cinco días para cazar un mico, al poco tiempo se compró una escopeta calibre 16, que le costó 600 pesos.

Fue una época en que empezó la amenaza a la supervivencia de los animales más exóticos como el jaguar y el ocelote, al punto de estar en vía de extinción. Además de aprovechar la carne de monte (animales silvestres) como proteína para las poblaciones indígenas, los cazadores aseguraban un ingreso económico con el cuero, pues una piel de nutria se las pagaban por 500 pesos, el cuero del venado por 6 pesos el kilo, el de la huangana por 8 pesos o el de la boa por 40 pesos. Pero por fortuna para los ecosistemas del Amazonas la 'bonanza' terminó en 1978 "cuando cortaron en Colombia el negocio, una época en la que pagaban hasta 30 mil pesos por una piel de 'tigre'", dice Gerardo, quien cuando estaba en el 'negocio' llegó a cazar 42 animales para la venta, entre ellos "dos 'tigres' grandes".

Un día en el 'laboratorio'

Tres impactos suenan en el techo de zinc a media noche. No son frutos, sino ratas arbóreas que suben a las copas de los árboles y se lanzan al 'apartamento' (como le llaman al campamento), una torre de madera de 10 metros de alto con una habitación, un corredor y un pequeño cuarto. En esos tres espacios se instalan las hamacas para dormir, es la base principal de la investigación y está ubicado a ocho horas de camino selva adentro desde San Martín de Amacayacu, el resguardo tikuna al que pertenecen Gerardo, Jairo y Javier.

La interrupción del sueño es momentánea y la noche en

el 'apartamento' transcurre sin novedad. Allí la maraña no solo intensifica aún más la oscuridad de la noche —a través de las ventanas descubiertas y sin vidrios en la penumbra solo se logra ver las siluetas negras de los árboles que contrastan con el azul oscuro del cielo—, sino también los ruidos: Grillos, sapos, aves nocturnas, animales que merodean el campamento y hacen crujir la hojarasca seca.

Es el sonido de la noche en la selva, donde hay que dormir en hamaca cubierta con toldillo para que ni insectos ni murciélagos hagan de las suyas, y con cobija, pues pese al calor durante el día, al amanecer generalmente llueve y la temperatura baja. A eso de las 5 de la mañana cuando despunta el alba comienza la jornada. Lida Gregorio Vásquez, indígena tikuna, prepara el desayuno para el equipo encabezado por Payán.

Luego se alista todo el equipaje y comienza la jornada de investigación que consiste en recorrer diariamente, cual horario de oficina durante ocho horas, una de las tres trochas donde el investigador tiene instaladas 50 cámaras fotográficas en 25 estaciones: Aguablanca (llamada así por el río que la rodea), Washington (en honor al finado cazador tikuna que la abrió) y Aguapudre (nombre del río que lo rodea).

Estas trochas además tienen varios brazos: J (porque lo abrió Javier), G (lo abrió Gerardo), E y D (inicialmente seguían una nomenclatura alfabética) y S, creado por sugerencia de Sara Durant, la supervisora de la tesis de Payán, que pertenece a la Zoological Society of London y quien desde hace 17 años maneja el Tanzanian Cheetah Conservation Project, el proyec-



PARQUE NACIONAL NATURAL
AMACAYACU



MAPA CORTESÍA: PNN AMACAYACU - UAESPPN

Para llegar al **'apartamento'** hay que caminar selva adentro durante ocho horas desde San Martín de Amacayacu, poblado ubicado a 45 minutos en lancha por el río Amazonas y su afluente el Amacayacu desde el Centro de Visitantes Yewaé (donde está la administración del Parque). Este último ubicado a dos horas en rápido (lancha con motor de 200 caballos de fuerza) desde Leticia por el río Amazonas.

to de investigación y conservación más largo (30 años) de guepardo en libertad.

A las 9 de la mañana se alborotan las mariposas de todos los colores. El día está soleado, pero en la maraña debajo de la espesura de tantos árboles—como el cedro rojo y blanco, el caucho, el caoba, la palma borúa (negra y llena de chuzos, parece una bruja con manto negro), la palma huikongo, la palma que camina (va mudando sus raíces, lo cual causa su desplazamiento), el árbol chirimoya, la pona barrigona y el cedro, que puede medir hasta 80 metros de alto— se genera tanta sombra que parecen las 4 de la tarde.

A diferencia de la noche, en el día los sonidos cambian y se intensifican en una sinfonía de grillos, cucarrones y cigarras,

aunque hay zonas en donde todo permanece en silencio. La marcha continúa y la jungla se vuelve monótona porque hay que mirar el sendero para no ir a pisar en falso, caer en una trampa natural y pisar una serpiente o pasarle por encima como casi ocurre con un jergón o talla X, la serpiente más venenosa de Colombia y que es del mismo color de la hojarasca. "Si muerde, a los 5 metros uno no puede caminar del dolor y si a las ocho horas no le han aplicado el suero antiofídico, se muere", dice Javier por experiencia, quien se queda mirándola con asco e indignado, y como recordando la vez que fue mordido, agrega: "Por eso yo no la perdono". Y de un machetazo le corta la cabeza.

El silencio lo interrumpe en una ocasión una guara—roedor gris de unos 50 centímetros de largo y más gordo que un conejo sin orejas, que emite un ruido similar al rebuznar del burro— y en otra un tente (el ave terrestre más grande del país) que hace más ruido al agitar sus enormes alas.

De repente un flash se dispara. Llegamos a una de las estaciones con cámaras. Cada estación tiene dos cámaras encadenadas a árboles, uno exactamente al frente del otro para asegurar dos planos de un mismo animal. Mientras se le cambia el rollo a cada cámara y la sílica gel que la protege de la humedad, Payán explica que los datos que arroje el registro de estas cámaras son complementados con la otra metodología que utiliza: El rastreo en caminos, el cual incluye

huellas de jaguar, ocelotes y otros mamíferos; rascas en la tierra, rasguños en los árboles y heces. El conocimiento para detectar estas señas lo aporta Gerardo.

En aquella y todas las estaciones transcurren en promedio de 30 a 45 minutos. Una vez ensayado el buen funcionamiento de la cámara (el detector infrarrojo de luz y calor que la obtura), sigue el camino. Al mediodía se almuerza normalmente una lata de atún con arroz o la otra alternativa es chivé, la comida de los cazadores tikunas (por lo liviana para cargar) a base de *farinha* (harina de yuca), azúcar y agua. "Para sobrevivir en la selva solo se necesita agua, carbohidratos y azúcares", sentencia Payán con autoridad.

Al regresar al campamento hay unos olores muy ➤

➤ característicos de la selva, como las heces del cotudo o mono aullador (parecido al orangután) que huelen similar a la boñiga de la vaca; y el árbol boca del diablo que huele a heces humanas; una madera que huele a mango biche, y el verano, una flor aromatizante utilizada para hacer perfumes.

Luego de una extenuante caminata (se recorren en promedio 15 kilómetros en terreno con mucho altibajo y obstáculo), se llega al campamento siempre alrededor de las 4 de la tarde, hora en que comienza la panguana (un ave) a emitir ininterrumpidamente su característico trinar que más parece un silbido: “Fuih-fuh-fuuuhh - fuih-fuh-fuuuhh...”.

A las 5 p.m., antes de que caiga la tarde, el baño de rigor en el río Aguablanca (donde hay sábalos, pirañas, anguilas eléctricas o temblón y rayas) para poder dormir bien frescos. La señal de la hora de la comida la da la rana panane, que comienza su croar alrededor de las 7 de la noche. Posteriormente, una botella de cachaza (aguardiente brasileiro) acompaña el final de la noche donde mientras los indígenas se comunican en tikuna, Payán se concentra en organizar los apuntes de los datos obtenidos durante el día.

Resultados alentadores

Así transcurre la vida de este investigador en el ‘laboratorio’ natural con más biodiversidad del planeta y cuya investigación le apunta a que el felino más grande de América siga teniendo futuro en su hábitat.

Con los resultados obtenidos hasta el momento por Payán, todo indica que el panorama para la supervivencia del jaguar es alentador, “ya que dos machos y una hembra prometen que hay al menos tres hembras más en la zona, y por lo tanto una densidad de seis individuos en 100 kilómetros cuadrados. Esto es más de lo esperado para el Amazonas, pues trabajaba bajo un supuesto de tres individuos en 100 kilómetros cuadrados. Además, no obstante la gran presión de cacería que tienen los roedores, las grandes aves terrestres y los mamíferos como la danta, el venado y el cerdo de monte, aún representan gran parte de la biomasa de la selva amazónica y esto se traduce en que hay esperanza de que aún hay suficientes cantidades de presas para los felinos a futuro”.

Agrega que a partir del modelo Robinson and Redford, otra metodología que implementó para determinar el número de individuos de una especie cazados en un año por kilómetro cuadrado de manera sostenible, según los resultados preliminares “en cacería este estado no parece como un agente de fuerte perturbación”.

De los resultados de esta investigación saldrán prioridades de conservación de los grandes mamíferos en el Amazonas, los lineamientos para manejar las amenazas a los mamíferos como la evaluación de la sostenibilidad de la cacería y la evaluación de la efectividad del Parque Nacional Amacayacu como una unidad de conservación de mamíferos a largo plazo.

“Por fin podremos tener números para este ecosistema. El Amazonas es el mejor refugio para el futuro de la especie,

CIENCIA PARA CONSERVAR

Desde los años 60 con el advenimiento de la biología de la conservación de animales la cantidad de investigación *in situ* ha aumentado considerablemente, lo cual requiere financiación de las ONG de caridad o brazos de investigación de los zoológicos.

En este sentido, la investigación doctoral de Esteban Payán –beneficiado por la beca Alban para la especialización de posgrado en University College London, que realiza en evolución, ecología y conservación, o “ciencia para conservar”– cuenta con el respaldo y financiación de Wildlife Conservation Society (WCS), entidad que maneja los zoológicos y el Acuario de Nueva York, y la Zoological Society of London, que también es la cabeza de los zoológicos de Londres y Biota, un acuario nuevo en construcción (Reino Unido).

Como patrocinadores complementarios están Chester Zoo (North of England Zoological Society), Rufford Foundation (Reino Unido) e Idea Wild (E.U.). Jaguar Cars, compañía automovilística que se beneficia del nombre y figura del felino, decidió donar dos millones de dólares, cifra que se dividió en mitades iguales para cada uno de los Jaguar Conservation Program de WCS y de Chester Zoo, fondos con los que se apoyaron los programas de becas a investigadores en jaguares.

Las directivas y funcionarios del Parque Nacional Natural Amacayacu y Aviatur (con el alojamiento) han apoyado el proyecto desde su inicio. Este ha servido además para que otra investigadora asistente, Juliana Berrío, realizara su te-

ya sabiendo que hay unos seis en 100 kilómetros cuadrados se puede extrapolar para el Parque y toda la Amazonia. Por lo menos para el Parque la cacería de subsistencia no parece ser una amenaza y el impacto de cacería actual es manejable. El alto número de dantas registradas por las cámaras trampa y por huellas en el Parque, es un excelente indicador del buen estado de salud del Parque, la danta fue el segundo vertebrado más fotografiado por las cámaras después del tente, aún más que los ubicuos, grandes roedores y armadillos”, dice Payán.

Para este investigador “esto es aún más emocionante porque entre más grande sea el animal (la danta pesa 150 kilogramos) su densidad es menor debido a la necesidad de encontrar suficiente comida en un área. Esto significa que muchas

dantas implican una muy buena base de plantas y por lo tanto suficiente comida para todas las presas del jaguar”.

Finalmente, Payán explica que “según los principios biológicos, debería esperarse que la danta fuera menos común que los venados o armadillos. En esta técnica se mide el esfuerzo, es decir, el número de cámaras por noche de funcionamiento, por ejemplo para tomarle una foto a un jaguar se necesitan 176 noches-trampa. Hasta ahora llevamos 1.058 fotos necesarias para determinar el buen estado de la abundancia registrada de especies como el jaguar y la danta, el mamífero más grande de Suramérica, lo cual sugiere que el Parque ha cumplido, es decir, si estas especies grandes de mamíferos existen, esto habla de una efectiva protección a los ecosistemas” ♦

sis de pregrado de biología con el apoyo de la Fundación Tropem-bos.

Antecedente y futuro

En 1999 WCS realizó un taller para evaluar el estado de conservación del jaguar en América, cuyo resultado principal fue la elaboración de un mapa de distribución de jaguares a lo largo de Centro y Suramérica. Ahora con la investigación de Payán se llena un vacío de información que se había identificado en el estudio de WCS, la Amazonia colombiana.

El investigador colombiano proyecta terminar su investigación en el Trapecio Amazónico en abril de 2008. Luego reproducirá este protocolo de fototrampeo en otros ecosistemas del país con el objetivo de asegurar por lo menos una unidad de conservación a largo plazo de jaguares en



Esteban Payán, a dos pasos de la serpiente talla X.

cada uno de los ecosistemas representativos del país. “Pero todavía se necesita una inversión más grande para investigar estas especies”, dice Payán (de 29 años), quien agrega que siempre quiso realizar esta investigación desde que cursaba grado 11 en el Colombo Británico de Cali, su ciudad natal.

De la biología no le interesó estudiar células, sino lo que verdaderamente le apasiona en la vida: La zoología. “Aunque toda la vida había tenido la idea de hacer esta investigación, en pregrado en Los Andes no pude porque en una tesis de seis meses nadie la hace. ¿Por qué el jaguar? Porque me gustan los grandes felinos. Recuerdo que de niño me regalaron *La Fauna*, una enciclopedia de Félix Rodríguez de la Fuente, y el tomo donde estaba el tigre de bengala se descuadró de tanto verlo. Desde entonces siento pasión hacia los felinos y como en Colombia el más grande que existe es el jaguar, pues decidí estudiarlo”, puntualiza Payán.

AVISO EDUCACION CONTINUADA